

agosto es un período de gran importancia ceremonial en el Altiplano. Es el momento en que para los campesinos aymaras y quechuas de los Andes del Sur, la *Pachamama* se «abre», recibiendo las ofrendas rituales que necesita para recuperar su vigor y fortaleza, una vez transcurrido el invierno. Por eso le dicen en aymara *lakrani phaxi*, «el mes que tiene boca». En agosto las familias aymaras realizan ofrendas ceremoniales en las chacras de cultivo y acuden a las cumbres de los cerros, donde se encuentran los venerados *achachilas*, tutores ceremoniales de la montaña, a realizar las ofrendas y entregar las mesas rituales con la intención de satisfacer el apetito ceremonial que las montañas y la tierra padecen antes de iniciarse el nuevo ciclo productivo; una vez efectuado el ritual, la tierra ya está acondicionada para que comiencen las labores de la siembra en todo el Altiplano a partir de septiembre y octubre. La *Pachamama* se «abre» el mediodía del primero de agosto. Es el momento óptimo para realizar las oblaciones rituales y expresar al mismo tiempo los ruegos y deseos que se esperan obtener a lo largo del año. A la *Pachamama* y a los *achachilas* hay que pedirles, con insistencia y comedimiento que ayuden en el desarrollo del nuevo ciclo agrícola, que no falte la lluvia, que los cultivos crezcan y extiendan sus tonos multicolores en los meses de febrero y marzo, que el envidioso granizo no baile sobre las calaminas ni golpee las sementeras, que se vaya a otras comunidades, junto con la escarcha y la helada, sus flojos hermanos, a robar el fruto del trabajo. Todo depende del éxito de la ofrenda ceremonial, de la elaboración correcta y específica de los platos rituales, de la abundancia y calidad de las aspersiones ceremoniales y, por supuesto, de la acertada solicitud del oficiante ceremonial, quien debe conocer las aficiones culinarias rituales de sus comensales sagrados y rogar por los intereses de sus representados con la apropiada cortesía. En agosto es el propio mundo de los indios quechua y aymara el que aparece abierto a los encantos del pasado; aparecen los «tapados» y tesorillos coloniales, las ciudades de los antiguos *chullpas* y de los incas, así como el «oro vivo», animales de oro que se mueven produciendo fulgores la víspera del primero de agosto. La tierra está abierta, el mundo andino se abre a la presencia de lo antiguo y los propios cuerpos de los campesinos de los Andes son objeto de aperturas indeseables por parte de un personaje de tradición colonial que recorre el altiplano buscando víctimas a las que extraer grasa y sangre: el temible *kharisiri*.

El ofrecimiento ritual de los indios quechua y aymara en las comunidades rurales de los Andes Centrales y del Sur la víspera del primero de agosto, presenta un sentido semejante en las minas quechuas potosinas. Los mineros del oro yungueño pagan a los «socavones» con *mesas* y *wilan-*

*chas*¹; en las minas potosinas se renuevan los sacrificios de sangre anuales y los homenajes al «tío». La habitual *wilancha* o sacrificio de sangre de un auquénido (llama o alpaca) presenta diferentes formatos. En ciertas ocasiones se asperja la sangre del animal degollado en la bocamina, directamente sobre la entrada del socavón como puede apreciarse fácilmente en los chorretes negruzcos que se dibujan sobre la roca al coagularse la sangre; otras veces los mineros colocan una llama viva, con los aditamentos de fiesta, sobre una vagoneta, cargada de ofrendas dulces e impregnada en alcohol y querosene que es encendido al tiempo que se empuja el vagón hacia las profundidades de la mina. Los restos del animal sacrificado se entierran como parte del ofrecimiento al socavón, una vez que los ofician-tes han participado en el banquete ceremonial con la carne del animal sacrificado. La oblación de la llama suele acompañarse de ofrendas complejas elaboradas con ingredientes dulces alusivos al campo semántico relacionado con el «tío» y su presencia en el interior de la mina; es decir, imágenes de serpientes, sapos, diablos, diablos cornudos en la puerta de la mina, etc, aparecen representados en forma de figuras azucaradas formando parte del conjunto ceremonial que finalmente se quema para que sea degustada su esencia, a través de la fragancia del plato ritual, por el «tío» y sus acólitos en el interior de la mina.

Las formas de relación de los mineros con el «tío» son las habituales en otros contextos de los Andes donde la producción, la salud, el orden familiar y el éxito están asociados a los modelos de reciprocidad existentes entre los seres humanos y los tutores sagrados.

Algunos autores han relacionado el culto al «tío» en las explotaciones mineras bolivianas con *Wari*, una divinidad precolombina relacionada con las profundidades de la tierra². Sin embargo, la apariencia formal del «tío» no es unívoca. En algunos casos la imagen escultórica del «tío» parece extraída de algún manual arqueológico de tipo chavinoide, por la prevalencia otorgada a los colmillos agudos y los ojos saltones; en otros casos, la cornamenta, el pene y su mostacho le aproximan a la estética demoníaca hispana y europea tal y como podemos apreciar en el folklore. Los españoles fueron asociados de manera explícita por las poblaciones indígenas

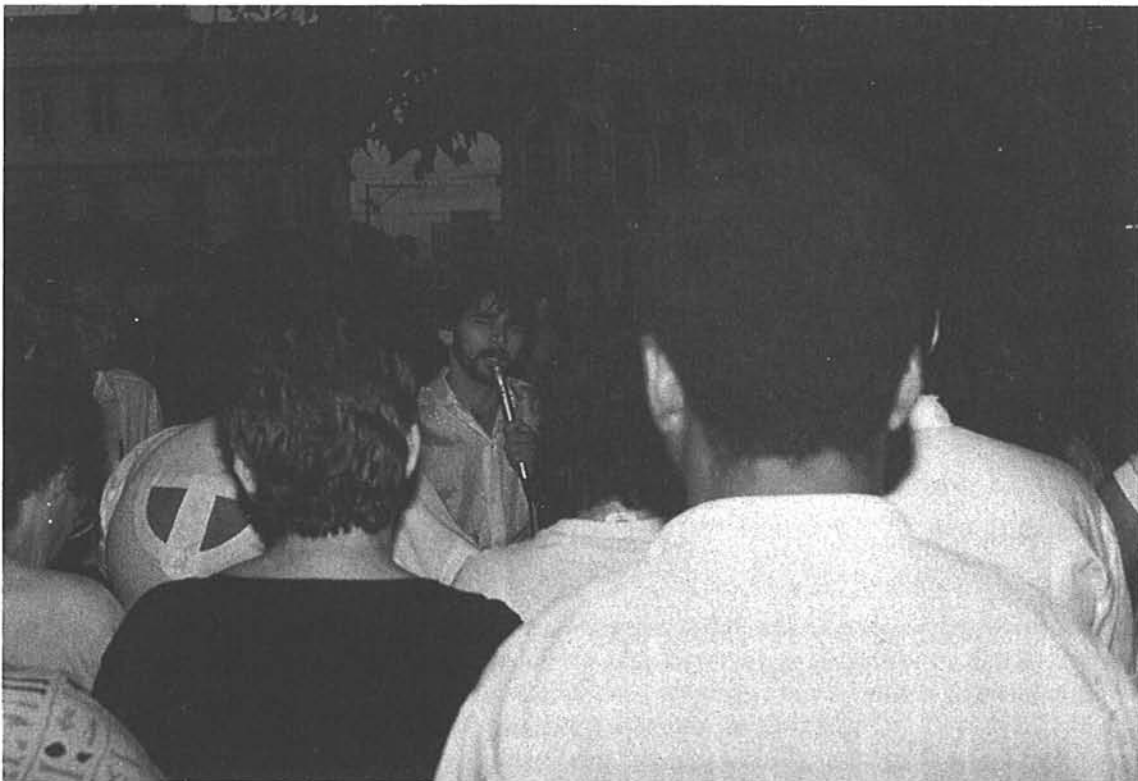
¹ *Las mesas son ofrendas complejas que integran una diferenciada serie de ingredientes que constituyen bienes culinarios y alimenticios destinados de forma específica a los distintos seres tutelares del Altiplano en sus diferentes modalidades culturales. Las ofrendas se queman para que sean degustadas por los comensales sagrados a los que se destinan.*

² *La historiadora Thérèse Bouysse-Casagne está investigando las creencias populares europeas sobre personajes que habitan el interior de la tierra, especialmente en relación con las explotaciones mineras, por la incidencia que pudo tener en la aceptación del culto al «tío» y sus equivalentes en las explotaciones mineras de los Andes (comunicación personal).*

andinas con los minerales preciosos. En una de las viñetas de la extensa carta que Guamán Poma escribe al monarca español Felipe III en el año 1615, en relación con los acontecimientos derivados de la conquista del Perú, el contacto entre Huayna Cápac y el español Candia resulta sustancialmente expresivo: «*Cay coritacho micunqi?*» «¿Este es el oro que comes?» pregunta el Inca asombrado en el interés acucioso del español por el oro, a lo que Candia responde afirmativamente. Los españoles son vinculados con el oro y los metales preciosos, dominio, por otra parte, del demonio según corresponde a las «vanas riquezas de este mundo», tal y como eran exhortadas por la prédica de los evangelizadores de Indias. Por otro lado, la ambición desmedida de los españoles y su comportamiento para con los indios provocó el que los propios encomenderos empezaran a ser considerados en las pláticas de los franciscanos y otras órdenes religiosas como diablos y demonios de los que había que proteger a los propios indios, como refleja el propio fray Bartolomé de las Casas. La persistencia en identificar a los seres maléficos y demoníacos con los españoles, tal vez pueda aportar alguna luz que justifique la apariencia mestiza de buena parte de los «diablos» amerindios, grandes o pequeños, pero de aspecto sonrosado, cuerpos orondos y denso mostacho más allá de la mera identificación étnica con el poder y la autoridad.



Altar de Umbanda



Prédica pentecostal en una plaza pública